



RECEPCION DE UN EMBAJADOR EN CONSTANTINOPLA.

La puerta del primer patio del serrallo se llama *Babi-Humaïoum* (puerta Augusta), y es la que ha hecho dar el nombre de Puerta Otomana al imperio del Gran Señor. La segunda puerta dá entrada á la sala del Divan, y lleva su nombre.

El embajador, en el día fijado para la audiencia de recepcion, entra á caballo con su comitiva en el primer patio, en el que varios cuerpos de tropa están formados en batalla para hacerle los honores, y echa pié á tierra delante de la segunda puerta, por la que solo el Gran Señor tiene derecho para pasar á caballo.

Entonces se presenta el primer intérprete del Divan, é invita al embajador á que se siente en el gran vestibulo á que da entrada la referida puerta. Pocos momentos despues le introducen con su comitiva en la sala del Divan, llamada *Coubbéalti* (debajo de la cúpula). El camarero mayor sale á su encuentro. En el fondo de la sala hay un banco cubierto de tisú de oro; el gran visir se sienta en él, teniendo á su derecha al gran almirante, y á su izquierda á los dos *kasiasker* ó jueces superiores del ejército. En banquetas menos lujosas están sentados los ministros de contabilidad imperial y hacienda. El embajador se coloca en una banqueta forrada de terciopelo, y situada enfrente del gran visir. A su lado están, en pié, los intérpretes de la Puerta y de la embajada, y el primer secretario de legacion, que tiene las credenciales en la mano. Toda la comitiva rodea al embajador. Encima del asiento del gran visir hay una ventanita cubierta con un enrejado, desde la cual puede el Gran Señor presenciar la recepcion sin ser visto.

Despues de algunos cumplimientos dirigidos por el gran visir al embajador, se dispone el Divan ó consejo. Se leen los documentos, y el gran visir los autoriza con su rúbrica, añadiendo el sello imperial.

El ministro de negocios estrangeros entrega en seguida al gran visir una comunicacion dirigida al Gran Señor, en la cual espone que el embajador solicita ser recibido por S. A. Mientras se espera la contestacion del Gran Señor, sirven una comida espléndida en que abundan los manjares mas raros y exquisitos, los que apenas tocan los convidados.

Despues conducen al embajador al patio, bajo una galeria practicada entre la sala del Divan y la puerta del Trono, *Babi el Saadet*. Allí el gran maestro de ceremonias le pone una pelliza de mara ziblina, y se distribuyen otras pellizas de menos lujo á las personas mas notables de la comitiva. Entonces entran en la sala. El Gran Señor está sentado en un trono que tiene la forma de un lecho antiguo: el oro y las perlas finas realzan el brillo del precioso tapiz que le cubre; las columnas son de plata sobredorada.

Despues de los discursos de costumbre, el embajador entrega las credenciales al *mir-alem* (príncipe del Estandarte); éste se las pasa al gran almirante, que se las dá al gran visir, el cual las pone en el trono.

Entonces concluye la audiencia. El embajador se retira, monta á caballo en el mismo sitio en que se apeó, y regresa á su palacio de Pera.

18 DE AGOSTO DE 1850.

FILOSOFÍA SOCIAL.

LA LITERATA.

No es el talento, es el abuso que hace de él; no es la aplicación, es la extravagancia la que satiriza; no es la instrucción, es la impropiedad de sus conocimientos la que repugna.

CAROLINA CORONADO.

¡Cuántas reflexiones se agolpan á la imaginación del escritor cuando reconoce á la literata—tipo original, fisonomía privilegiada en la cual se retratan las pasiones de la mujer y las impresiones del talento; el amor y el orgullo! La literata de antaño se curaba poco de las aberraciones de la sociedad y de las utopías de la filosofía: era una mujer que se distinguía por su vana erudición y pedante galantería; la desdeñosa de *No hay burlas con el amor* de Calderón de la Barca ó la Leonor de *El lindo don Diego* de Moreto. La literata de ogaño conserva el presuntuoso orgullo de las *Précieuses ridicules* de Molière y la abigarrada erudición de aquellas *Calepinos* de Quevedo, «tan airosas de hipérbolos y tan nebrisenses de palabras que tenían mas nominativos que galanes.» Es francesa en la cabeza: española en el corazón.

Para dar un buen rato á mis lectores traería á cuento á la marisabidilla anciana, medalla casi borrada, edición estereotípica de su siglo, autólisis problemática entre lo antiguo y lo moderno, categoría sin adoradores, pero es mas oportuno y regular reconocer á la marisabidilla de nuestros días alegre, vivarachita, decidora y epigramática. ¡Tiene tantos atractivos una niña, cuando reune á una palabra aguda una sonrisa hechicera! Existe en sus pensamientos tanta timidez maliciosa y tanta resolución incierta: lucha entre la edad y la reflexión. La marisabidilla núbil baila, canta, lee, sabe de memoria aquellos cuentos de colegios que son epigramas en sus labios, habla de la república romana y de la guerra de la independencia por las reminiscencias de sus lecciones de historia, diserta con una monería académica sobre el amor y la gramática castellana segun los consejos de su antigua rectora y de su moderno pasante, y recuerda con habilidad el papel de conjurado ó arquero de palacio que representaba todos los años en el teatro, mutilado por el profesor de geometría y trigonometría, para los colegiales de su devoción.

Esta niña alegre y vivarachita á vueltas de una temporada de baños, ó de un carnaval bullicioso se cambia en calculadora y reflexiva con la contradicción de una mujer de sentimiento y la prevision de una mujer de talento. ¿Qué mágico poder ha cambiado el corazón de esta hermosa y delicada gacela? ¿Qué mano ha podido dominar esta frivolidad que hacia inútil todo exámen? La lectura trivial y presuntuosa de las novelas y el orgullo alhagado por las primeras impresiones que ha recibido en el gran mundo. ¡Desventurado gondolero que se cree seguro de las tormentas, porque su barca es la envidia del golfo!

La marisabidilla es la escepcion de la edad y el equivoco del sexo. Ahora se separa con mirada despectiva de sus compañeras de colegio y recorre el jardín con semblante melancólico. Una mariposa la delecta; una sombra la espanta; una tórtola la hace suspirar envidiosa de aquella envidiable libertad. ¡Interesante Emilio de Rousseau con capota de *Madama Victorina* y guantes de *Monsieur Dubost*! Su imaginación está dominada por ese vago espíritu de sentimentalismo que si fascina cuando es producido por la amargura es pesado é insoportable si fingidas pasiones ensayadas al tocador, lo cambian en una escuela de coquetería. Esta niña busca la soledad, se aleja del mundo y para ser consecuente con sus amigas se apropia las exigencias de la edad viril y participa á la vez de las preocupaciones de ambas edades. Es el embrión de la virtud y del vicio. Podrá ser un ángel pero tambien podrá llegar á ser un diablo... pero siempre será un ángel... porque es mujer... porque es hermosa... porque es discreta... y los hombres... ¡Oh! los hombres se engañan á si propios con hipérbolos y metáforas, gracias al sublime tratado de los tropos de amor. Las vivas impresiones de la literata son hábilmente desfiguradas, sus deseos diestramente contrariados, y sus pasiones débilmente iluminadas por el prisma color morado de los desgraciados.

En pocas líneas está perfilado el original de este retrato: — si se trata de reír ó burlarse, ella misma se copia al esclamar con angustiado acento: «¡Oh, quién pudiese como vosotras!» (estas vosotras son las amigas que la acompañan); y si se habla de amores ó novelas, que en mucho se parecen, ella interrumpe á las demas diciéndolo: «La lámpara de la fé se ha apagado, y, como dice *Arlecourt*, el amor es la fé de un alma á otra, es la mitad de la fé religiosa.»

Por esta mezcla de indiferencia y vanidad se adelanta la melancólica indolencia del corazón. Desde los primeros años de su juventud apetece dudar de los sentimientos tiernos y apasionados, y asegurada en el aislamiento que un día despertará á la voz de las pasiones, corren los años, estos sentimientos que habian sido obra del estudio, de repetidos ensayos, de frecuentes mohines, crecen, se renuevan, el alma se acostumbra á estas vigiliass innecesarias, y los sueños anacreónticos se tornan en fantasías á lo *Faust* ó *Manfredo*. ¡Prólogo terrible para una tragedia... ó un *vaudeville*! Algunas veces concluye con una comedia casera: un alfez ó un meritorio en aduanas se encarga de ser el marido de esta *especialidad* del sexo.

Abismada la literata en sus propios sinsabores, que salen de su espíritu como el disco luminoso que forma un espejo, cree en la amistad, y valen para ella mas que un billete perfumado ó una cita de amor, las revelaciones que hace á su íntima amiga entre tanto que le enseña el último vestido que le ha venido de París; ó duda de la amistad y desconfía del hombre, pero cree en el amor y corresponde con una negligencia casi oriental á un jóven de elevadas aspiraciones. Otras veces desprecia la mitad fea del género humano, abandona las *soirees*, deja los teatros, no asiste á los conciertos, se olvida de la aguja de bordar en cañamazo, cierra los compendios de historia y geometría, está enferma para el profesor de francés, y pasa las mejores horas del día retirada en su gabinete, sin componer las rubias trenzas de su hermoso pelo, ni acariciar la nivea cabellera de su perrito de lanas. ¡Infeliz *Lindora*... *Chispita*... *Almizcle*... cualquiera nombre... lo mismo importa para que lo conozcan nuestros lectores! Bien podeis decir con el poeta Jorge Manrique:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte
contemplando

cuán presto se va el placer,
cómo despues de acordado
dá dolor,
cómo á nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

En estos días de horrible pesadilla encuentra la literata recursos para hacer alarde de sus continuos pesares, revelando el penoso día que ha sufrido, y conoce tambien que da cierto aire de tierna coquetería un rizo que se desprende por una nevada garganta, ó un pálido semblante adornado con un *petit-bonnet* de blonda y flores. ¡Qué poeta enamorado no improvisará una estrofa... á su *sonrisa escéptica*! ¡qué agente de Bolsa no esclamará con fanatismo amoroso-financiero:—¡oh! descolorida, como los billetes del banco de San Fernando! Una jóven con esta interesante morbilidad se parece al genio de la melancolía; es la Safo mitológica de una casa á la francesa, y como interesan estos caprichos de la casualidad ó del arte, tiene la literata oportunidad para hacer alarde de su tema de costumbre con *variaciones* de ataques de nervios ó sueños espantosos. Los hombres y los nervios son la pesadilla de la marisabidilla contemporánea. ¿Tendrá que emplear para su bienestar la higiene médica, ó la higiene moral? — Nosotros creemos que ambas.

Cada paso que adelanta en el camino de la vida agitada y bulliciosa de nuestros días, es un nuevo desengaño que recibe y una espina que lastima su delicado pié. Comprende á su modo la vulgaridad de nuestras aspiraciones, y quiere recatarse, mentir, confundirse entre todos; pero es tarde ya, y no se retrocede con facilidad cuando los primeros años han decidido de nuestra suerte. Despues no es la mujer que todo lo desea en el mundo para despreciarlo, sino la que todo lo desprecia para desearlo; ya no es la enamorada paloma que se consume á solas, atormentada por los placeres ajenos, sino el águila poderosa que se cree con fuerzas para sorprender los secretos de la vida, y tocar sin mancharse las miserias del mundo. ¡Pequeña Crisálida que se cree brillante mariposa! Ahora brotan de su entusiasmo burlado violentas contradicciones, impresiones terribles: hace algunos años era el mundo la víctima: despues la víctima es ella, ¡ella! que se creía libre del influjo de las convenciones sociales; ¡ella! débil mujer, que se miraba sin ese torcedor que llevamos en la vida cuando el alma apetece mucho y el corazón está desfallecido para las violentas emociones.

La literata se decide por la exageración, y el mundo, que siempre disminuye la óptica de los sentimientos extraordinarios, la condena á un aislamiento que pasa por contradictorio á los ojos de la multitud. Durante esta íntima abnegación, en este profundo *adieu* que pronuncia con la convicción de un desprecio irrevocable, adquiere una orgullosa superioridad que atormenta y la atormenta; pero sucede á veces que se deja lugar un pálido destello de la ter-

nura sentimental de la muger, de esa frívola ternura que encuentra en todas partes belleza y calma, y al comprender de una mirada este resuello del corazón, este *joy!* del alma, reconoce el filósofo ó el poeta una amarga verdad, y observa el duelo á muerte que hay entre las necesidades de la costumbre y las impresiones de un alma de muger... destinada á amarlo todo en la vida. En esta lucha sin treguas se borran las primeras impresiones de la infancia, como la mariposa pierde el esmalte de sus alas cuando lucha por desprenderse de una espina que la ha herido, pero gana mucho en talento previsor y en sagacidad emprendedora. Es menos muger, pero mas hombre.

Hasta aqui la moralidad de la literata. Ahora copiaremos los principales rasgos de su vida, en la cual juegan á la vez las impresiones de la juventud y el desden de la edad viril.

La niña literata sabe el lenguaje de las flores y el sentido de los colores, lee los folletines de los periódicos, tiene en su cartera de dibujo lineal algunas escenas ó capítulos copiados en borrador y conserva en su memoria el prólogo y el desenlace de todas las catástrofes que ha presenciado... bajo unas sábanas de Holanda y reclinando sobre la almohada el mas bello semblante que podría pintar Murillo. ¡Oh! qué conjunto fascinador de gracia y coquetería! Cuando sale á paseo se detiene á leer los carteles de teatros y anuncios de obras, con cierto desvanecimiento orgulloso con un sí es ó no es de inteligencia que por su gesto podrá juzgar cualquiera si es de su agrado el título de la nueva obra ó de la función prometida. Si es aficionada á la música se decide por el piano... ó por el arpa, por el arpa mejor, porque es un instrumento apasionado y melancólico: la marisabidilla encuentra en sus cuerdas un mágico resorte para los sentimientos elegíacos de su alma. Lo sublime y lo tierno la conmueven: lo bello y lo nuevo la seducen: todo lo que está de moda. Hoy aboga con la puerilidad mas encantadora por la ópera nacional: mañana se entusiasma con la música italiana: las calificaciones que pronuncia no serán suyas, pero en sus labios seducen y deciden favorablemente porque son dichas con una satisfacción orgullosa y decidida, que ponerlas en duda sería herir de muerte su vanidad.—Para la literata es bella la vida despertando con la idea de sus lecciones en el picaresco donde puede burlarse del celoso amante, y acostándose con los recuerdos del teatro del Circo, de ese panteón de los desvarios de una noche.

Si visita su casa algun joven poeta de esos hervorizados del escepticismo en las tertulias de buen tono, la marisabidilla escribe versos y compone alguna fantasía ó silva, que se titula *Mi porvenir*. —*El Geráneo*.—*Adios!*—Es necesario advertir á nuestros lectores una equivocación involuntaria.—El título de la poesía *Adios!* no tiene únicamente dos admiraciones; esto es poco, es prosaico, es de mal gusto. La literata escribe el título de su poesía filosófico-político-religiosa de esta manera—*Adios!!!!*—Hé aquí una columna cerrada de muda religiosidad! Tarde ó temprano *El Geráneo* es leído por el joven poeta, verdadero Macías de pantalón colado y botas de charol y aplaude los pensamientos de esta ignorada poetisa. En la noche de esta lectura se habla mucho del génio, de las noches de luna y de los melodramas. La *palidez de la luna* en particular, merece algunas metáforas y diversas miradas. Al otro día se lee en cualquier periódico político ó literario—corredores de oreja fáciles y baratos—una poesía á C. A. M., y la marisabidilla que la lee y que conoce al que firma—el poeta que aplaudió sus versos—descubre el sentido de sus iniciales, se sonríe orgullosa de su victoria y guarda el número del diario entre aromoso *pajoult*. En la primera entrevista ambos amantes, mejor sea dicho, ambos compañeros de inspiración no hablan de los melodramas ni de la luna ni del génio: se entretienen con el porvenir y la gloria. ¡La posteridad! ¡La reputación de un Sakespeare que se pronuncia Sakespir, aunque se ignore todo lo demás del idioma inglés! ¡La fama póstuma de Madame Staël! ¡Byron, Lamartine, Chateaubriand, Espronceda! ¡Safo, Madame Cottin, Santa Teresa de Jesús! ¡cuántos nombres se cruzan en la conversación! ¡cuántas sentencias y parábolas y quintillas! La marisabidilla escribe entonces en su diario dos ó tres páginas con este epigrafe *dos líras acordes*.

La literata joven observa con mas indiferencia, calcula con mas sagacidad y seduce con mas talento. En el teatro se aburre con las tumultuosas demostraciones de entusiasmo y en la ópera usa de los gemelos para observar... la *tersitura* de los cantantes: entonces recuerda á *Rubini, Listz, Artot, Moriani y Tamberlik*; á las notabilidades cuyos retratos guarda entre los borradores de la letra inglesa. «Cantaban admirablemente» dice la literata con voz intensa: algun *lyon* que se encuentra á su lado *debutando* una pasión volcánica, no acierta á contestar, pero dá á sus párpados la mayor extensión, suspira, se compone una de las puntas de la camisola y repite inspirado, si, verdaderamente inspirado.—«Oh! cantaba admirablemente.»

La marisabidilla es un gabinete: siempre seduce, siempre con-

vence porque siempre se la escucha con benévola prevención. En filosofía y literatura está por la exageración, y hoy día tiene un nuevo campo donde triunfar de todos; monumento moderno con mas puertas que el Escorial: la política. No pertenece á ningún término medio; ó hace visitas en palacio y tiene una amiga empleada en la *real casa*, ó su amante es periodista de la oposición, ó su padre fué de los constitucionales de 1820. Colóquese donde quiera, hace una decidida oposición: no hay que combatir sus palabras con argumentos y comparaciones, porque pertrechada con los artículos de fondo de la mañana, espresa sus acriminaciones como un orador de la antigüedad. *Ingrata patria no poseerás mis huesos*, exclamó la marisabidilla no pudiendo resistir... la temperatura de 29 grados sobre cero. ¡Qué anarquía! (aparte) ¡Qué calor!

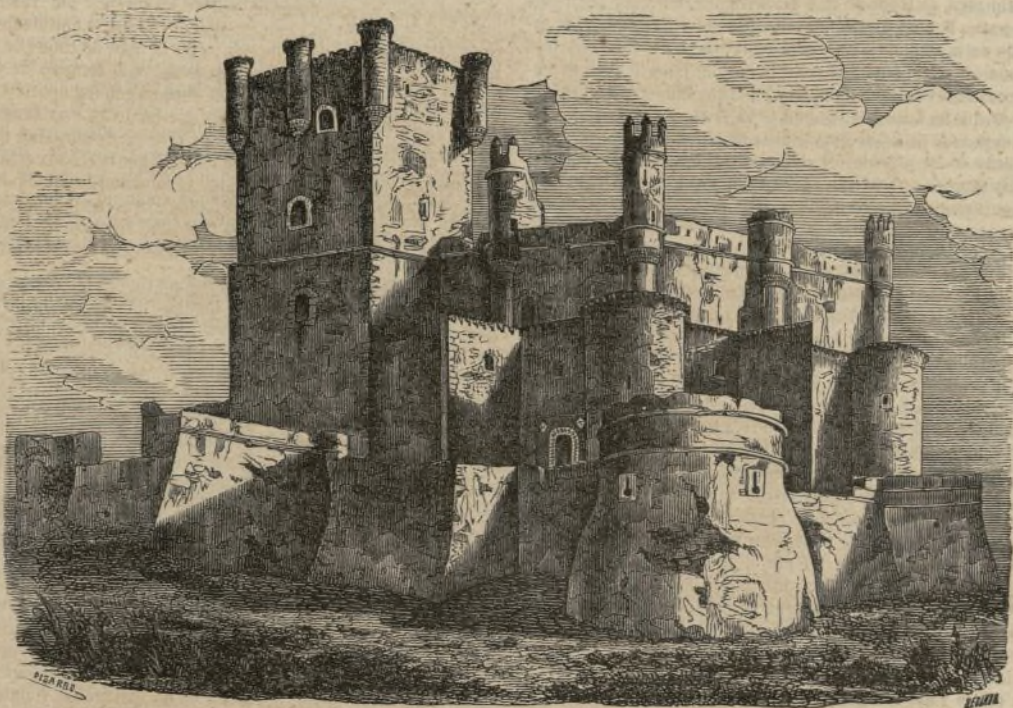
La literata que ha sufrido por mucho tiempo los desengaños del mundo entrega hoy su corazón al hombre que ha adivinado sus sufrimientos y que puede adormecerlos copiando las vulgaridades de los demas. Entonces el amante de la marisabidilla es una especie de *cavaliere servente* que la acompaña á todas partes; eco fiel de esta mujer, claro espejo de sus tormentos. Si llora, debe llorar; si ríe debe reír. La literata concluye por casarse por razones de orgullo ó de conveniencia, y sigue en sus afecciones desvanecidas por la unión recíproca de dos voluntades que serena las mas ardientes imaginaciones. No renuncia á sus antiguas costumbres y en medio de las faenas domésticas se imagina que ha descendido un escalón en el templo de la fama póstuma. Por un bello pensamiento que concluye al doblar la página de un libro, su adorado Abelardo viene al suelo—la marisabidilla pone á sus hijos nombres de novela—repitiendo con amargura una quintilla de una poesía á un niño y mirándose de paso al tocador. Las caricias de su marido son precursoras de alguna infidelidad; lo ha visto muchas veces en las novelas. La indiferencia del nuevo confidente de sus abstracciones morales y literarias, cree que señala una época de indiferencia amarga y sombría; así lo ha descubierto en las sociedades donde se murmuraba y se jugaba á *l'ecarté*. Si se retira al anochecer y la acaricia, clasifica este aislamiento de clásico, casi de antediluviano, y cuando la última hora del día le sorprende en la calle, tiene celos de su esposo y llora y deplora su desgracia. La alegría la entristece: la soledad la aburre. Nunca se cree feliz, y oprime demasiado su mano aquel lazo que la une por toda la vida á una voluntad extraña. «A un tirano»—exclamó la literata á media voz.

Todo lo grande la fascina y lo nuevo la arrebató: desearia amar en el desierto ó aborrecer en las catacumbas de Roma; ser Napoleón ó Jorge Sand; tener una brillante carroza de seis tiros lujosamente enjaezados, ó vestir el tosco sayal de los mendigos. Reconoce que nuestro siglo busca las grandes emociones, y ella que queria ser el objeto de todas las conversaciones la deidad soberana de todos los círculos, el personaje misterioso de todas las anécdotas, aceptaría con resolución la virtud ó el vicio, la opulencia ó la miseria, el valor ó la inteligencia.

La literata sabe representar todos los papeles: es una excelente actriz en su gabinete. Es celosa, enamorada, susceptible, tierna, apasionada, condescendiente, insinuante, sarcástica, grave,—la gravedad es el fondo de las diversas modificaciones de su carácter. Conoce á los hombres y apela á las lágrimas; conoce á las mujeres y apela á la ironía. Lloro y despues ríe, se burla y despues besa y abraza á su rival, se hace dueña de sus secretos y rechaza al amante que se creía á cubierto de su astuta inteligencia. El observador que contemple á la literata en estas emociones, de su amor propio resentidos, la tomará por un ser fantástico, por una pesadilla de Hoffman ó una caricatura de Goya. Su arma favorita son las cartas y para leer las palabras mas incisivas y severas, para convencerse nuestros lectores de lo *artística* que es la marisabidilla en sus pasiones, les advertimos que se proporcionen una de estas bellas páginas de su diario. Cada palabra que costaría en otra pluma un borrón, en otros labios un suspiro, y una lágrima en otros ojos menos bellos pero mas sensibles, es para la literata facil y espontánea: es un artículo no una carta: no solo se debe pensar en la retórica sino tambien en la puntuación. La literata debe escribir bien y sobre todo.... con ortografía.

La marisabidilla contemporánea desaparece á los cuarenta años. A esta edad ya viene á reemplazarla otra niña con las nuevas exigencias de su época y las impresiones de sus primeros años. Detrás de esta viva espresión de las preocupaciones sociales de un siglo—algunas veces de un lustro—existe la verdadera literata, la elevada mujer de melancólica imaginación y de íntima filosofía: despues de la poetisa, encontramos la mujer, tipo privilegiado, hoy amante, mañana madre, fecundo manantial de delicados placeres, y creación misteriosa donde se reservó á la Providencia el derecho de juzgarla con acierto.—Publicado en París.—1845.

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.



Castillo de Guadamar, provincia de Toledo.

IMPRESIONES DE VIAJE.

SANTANDER Y PROVINCIAS VASCONGADAS.

(Continuación.)

Si Laredo, igualmente que los restantes puertos de esta costa, son muy convenientes para veranear por razón del clima, en cambio tiene en contra el abundar en ciertos insectos que los naturalistas denominan *hemipteros* y que los naturales que no son naturalistas llaman con otro término mas vulgar, y que siendo de caballería ligera, á manera de ayudantes de campo galopan y cruzan rápidamente el lecho del que no puede dormir por efecto de tan continua manobra. No obstante, sea dicho en honor de la verdad, Laredo tiene que ceder la primacia en este punto á san Vicente de la Barquera, si es que puede sacarse alguna consecuencia comparando las dos mas célebres posadas de ambos pueblos. Forzoso es confesar á la par, que ni en uno ni en otro se siente el mordicante y porfiado insecto nocturno que en esta corte despierta á sus pacíficos moradores: insecto, enemigo del género humano, é incompatible con la ilustración, pues tan pronto vé la luz, huye ó se queda pasmado, sin saber lo que le sucede, á guisa de jugador sorprendido en un garito esperando un entrés. No sé cuál de esta tropa es peor, si la de caballería ó la de infantería; me inclino no obstante á preferir la primera, y me persuado asimismo que en Laredo, y aun mas en san Vicente, establecen sus cuarteles de verano esos escuadrones, porque les pasa allí lo que pasaba á los facciosos carlistas en ciertos lugares, esto es, que no los persiguen, no procuran destrozar sus madrigueras, y por eso salen de noche á verificar sus escursiones.

No se piense que Laredo es ahora un pueblo despreciable, y que no vive sino con lo pasado. Todavía tiene alguna importancia: su población actual ascenderá á unos 600 y pico de vecinos, 5000 y tantas almas. Conserva fama por su pescado con que surte en gran cantidad á la corte. Posee 62 lanchas de pesca; 474 matriculados, y da 40 á la real armada: en otros tiempos presentaba para esta, hasta 500 individuos. En la batalla de Trafalgar todavía tenia 100. Siempre fueron estimados como marinos y marineros inteligentes. No hace muchos años que sostuvieron su buen predicamento en la toma de Bilbao, en el paso del puente de Luchana y en la formación del que armaron provisionalmente con barcas.

Hay tambien algunos propietarios ricos y algunos dueños de establecimientos de salazon y escabeche, el que despachan en nume-

rosas cargas conducidas al interior á lomo, en recuas de maragatos y arrieros, que es el único medio de transporte. La pesca mas gruesa es de sardina, y tambien de bonito y de besugo. Este género de industria ha sufrido baja de algunos años acá, porque los puertos de Colindres de abajo y Limpias le han sacado mucha ganancia en los escabeches y en la remesa de pescado fresco, pues mucho del que traen á vender á Madrid, pertenece á esos lugares, aunque ordinariamente no se acuerdan de ellos, y dicen á todo, pescado de Laredo. En Colindres hay quizá mas fábricas de escabeche que en el mismo Laredo; así es que los particulares de esta villa van de vez en cuando á comer las ostras aderezadas perfectamente en Colindres. Pero al fin la pesca es el preponderante cuando no el esclusivo ramo de riqueza en Laredo.

Pasando revista á los edificios notables no debo omitir la iglesia de la Ascension que es la parroquia matriz, y una de las mejores de la provincia, si bien en mas de una consideracion es inferior á la de Comillas, que describiré oportunamente. La iglesia, pues, es digna de observarse por su estension y su arquitectura. Fué construida en el siglo XIII: tiene dos facistolos de bronce en el presbiterio, y cuya parte superior está formada de dos águilas del propio metal con las alas desplegadas y sobre las que se colocan los misales. Esto fué un regalo del emperador Carlos V de Alemania cuando estuvo en Laredo. En la nave mayor existe una parte de la cadena que rompieron los conquistadores de Sevilla, de que he hablado ya. Este resto de su valor se conserva como trofeo. El altar mayor figura tener de jase finas columnas aplanadas, de tal modo que es preciso tocarlas para convencerse de que no son de aquella materia. La sacristia es de construcción moderna, es del siglo pasado, y por su espaciosidad, comodidad y buena forma no puede ser comparada con ninguna otra de los templos de la Montaña.

La casa consistorial presenta bastante buen aspecto: el primer cuerpo de la fachada descansa sobre cinco arcos de grandes columnas que forman los soportales de la plaza. La pieza principal tiene otros tres arcos que dan lugar á una especie de galeria descubierta al frente, ó salon corrido con vistas á la plaza. Los locales que comprende son capaces y cómodos. El gran salon en que se celebran las quintas y otros actos públicos sirve tambien para los bailes de carnaval.

En lo mas encumbrado de la villa está el castillo llamado el Rastillar, regularmente construido y artillado; tiene estacada y defendiéndole á varios puntos, pero en especialidad la entrada de las rias de Laredo y de Santoña, hácia cuya última plaza fuerte está mirando con algunas de sus baterias.

En general poca distracción se proporciona en Laredo á cualquier transeunte. No hay reuniones exceptuando la que se tiene por las noches en la secretaría del ayuntamiento, y es compuesta exclusivamente de unos cuantos sujetos instruidos que leen los periódicos y cuya conversacion es bastante amena. Tampoco hay círculo de recreo, que no falta hoy día aun en pueblos de menor importancia: hay sí un café que por casualidad tiene un piano y consiste en que el dueño es el organista de la parroquia. El trato entre las personas y las familias apenas existe; cada uno está retirado en su casa, siguiendo su sistema de vida acostumbrado que suele alterarse cuando una romería ú otro suceso por el estilo viene á ponerlas en movimiento.

No es decir por esto que carezcan de amabilidad y de finura los habitantes de esta villa: al contrario, el forastero se encuentra obsequiado y se complace en la compañía de varias personas notables en el país, cuales son entre otras que pudiera citar, los señores don Juan Ocejá y don José Manuel de Cacho y Tagle, abogados y propietarios; y este, asesor de marina y promotor fiscal del juzgado de primera instancia.

Varias circunstancias existen simultáneamente para impedir que Laredo progresé y se engrandezca. Los antiguos muelles hasta cuya orilla abordaban las escuadras de Carlos I y Felipe II se hallan al presente cubiertos y cegados; la mar se ha ido retirando visiblemente, y en donde en otro tiempo había agua y andaban embarcaciones mayores, está ahora atascado de arena, de tal suerte que para poder embarcar es preciso hacerlo á pleamar, ó sino alejarse un buen trecho la tierra atravesando fango. Los pescadores esperan la pleamar para salir á sus faenas; pero al retirarse al anochecer y estando la mar baja, tienen que emprender una pesada maniobra, empujando las lanchas á fuerza de brazo para que entren en el puerto, y sino tienen que dejarlas á fuera con guardas y con alguna esposicion, ocupando en ambos casos tiempo y gente que se ahorrarian sino tuviesen que luchar con este obstáculo. Para obviarle se ha tratado de construir un muelle hacia la parte N. E. de la villa; se han empezado los trabajos; están colocados los cimientos de una porcion de la obra, la que va adelantando durante la bajamar, que es cuando el sitio queda en seco; se ha instruido espedito y arreglado la contrata. Mas supuesto ya el muelle concluido y el camino que segun dicen deberá ser cubierto perforando un monte que media entre aquel y la poblacion, todavía el puerto no puede adquirir importancia, pues creo que este muelle solo valdrá para la mejor arribada y abrigo ya de los barcos pescadores, pero no para los mercantes de todos portes. Ademas Laredo tiene contra sí á Colindres y á Limpías; aquel le compete y quizá le supera, especialmente en los escabeches; y éste es un puerto situado á una legua de distancia en la espesada carretera de Burgos; es una pequeña villa de unos mil habitantes, de buena perspectiva, de construccion y gusto modernos. Es el verdadero punto de carga y embarque de la ría de Santoña, y á donde van á comprar el trigo y las harinas para otras provincias y para el extranjero. El puerto es seguro y hermoso lo mismo que todo lo que constituye su término; tiene ademas cómodos y espaciosos almacenes en las márgenes del río. Segun las probabilidades este pueblecito naciente, lleno de animacion y en el cual hay establecidos algunos emprendedores capitalistas, está destinado á representar un gran papel en este país menguando y perjudicando los intereses de Laredo. Por otra parte la ciudad de Santander con motivo del canal de Castilla, con sus dos carreteras á la Corte y lo demas que le favorece segun he espuesto antes, se opone aun, cuando no sea voluntariamente, pero sí por la fuerza de las cosas, á que ningun otro puerto de su provincia llegue á obtener la supremacia.

Cerca de Limpías y sobre la misma ría en el lugareito de Marroñ, hay fábricas de anclas, palanquetas y otros artefactos de hierro.

En el distrito judicial de Laredo se encuentran minerales de hierro de varias clases, entre ellas el persulfuro de hierro; tambien hay minerales de plomo plátifero ó galena.

Respecto de ciertas costumbres y usos hay bastante uniformidad en toda la provincia. Entre doce y una se come de mediodía, ó yanta como se decía antiguamente, y como es lástima que no se diga ahora: á las diez de la noche se cena, con ligeras escepciones. Aqui no han entrado en el modo de comer á la francesa, segun vulgarmente se cree, y que en la corte va siendo general.

En verdad que sin necesidad de recurrir á los traspirendicos, tenemos nosotros dentro de casa á quien imitar y en donde fundar ese método. Los frailes, muy sabios en todo y particularmente en lo que á la vida animal concierne, comian á las doce, tomaban chocolate por la mañana temprano y cenaban poco despues del oscurecer. Los arrieros y maragatos, gentes de quienes puede afirmarse que viven para comer y no vice-versa, en cuya cualidad les igualan mu-

chos sin ser una cosa ni otra; cuando andan de viage que es casi constantemente, ora van durmiendo sobre los machos ora van meneando las mandíbulas con algun condimento sólido, ó entreteniéndose las fauces con algun producto líquido; pero la hora de comer de mediodía es para ellos de noche despues de llegar al término de cada jornada. Cuando llevan viajeros, lo que sucedia con frecuencia en los tiempos en que no habia mas diligencias que las de los escribanos, almorzaban entre once y doce en las ventas y posadas de muy atrás conocidas, que eran y son comunmente aquellas en que la cebada está mas barata y la recua mejor alojada, aunque el caminante manduque mal y duerma peor; haciendo siempre su comida diaria en el parage en que pernocaban, sirviendo ésta de cena al mismo tiempo. Nuestros artesanos comen tambien de mediodía á las doce de la mañana, en cuya hora cesa por algun intervalo la tarea.

¿No viene á ser esto poco mas ó menos comer á la francesa? ¿No es esto lo que se hace en Madrid; no cenar, hacer dos comidas al día, y tomar ó no un ligero desayuno por la mañana temprano? ¿No es cierto que hay almuerzo que algunos hacen á las doce, que es mas abundante y apetitoso que la comida que otros tienen á la misma hora? Y ¿quién duda que la cena que se hace á las oraciones, como acostumbran los catalanes, sobre todo en el verano, viene á ser casi la comida de mediodía de los que dicen que están montados á la francesa? Por manera que en vez de ir á buscar fuera de la nacion costumbres que se pretende hacerlas pasar por nuevas, seria mas exacto decir que se adoptaban con ligeras modificaciones, las que existen de tiempo inmemorial entre nosotros; descartando así esa mania de querer *estrangerizarlo* todo.

Saliendo de Laredo por el camino real empieza un valle ancho, cultivado y fructífero, que se estiende hasta Ramales y es uno de los mejores de la provincia por la variedad de sus producciones y por las vistas deliciosas que ofrece. Este camino es muy poco frecuentado; no atraviesa por él ningun carruaje; apenas se percibe un viajero; solamente cruzan los mulos de los maragatos y alguno que otro carro cubierto ó descubierto al estilo del país. Dicho camino se encuentra en mal estado, con prominencias y baches en varios sitios y con el firme endeble en otros, si bien se está trabajando en recomponerle. Por la parte opuesta, al E. S. E. de Laredo y á dos leguas cortas está la villa de Santoña, internada en un gran arenal que impide verla hasta que se desembarca y se llega á las fortificaciones.

(Continuará.)

ANTOLIN ESPERON.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

! cuando el río suena!

(Continuacion.)

A la siguiente eran ya las once y el Marqués no parecia.—Cerca de las doce se presentó Sotopardo de grande uniforme, salia de palacio y de la cámara del Rey, de quien obtuvo una audiencia que duró cerca de una hora.

«¿No saben Vds. la noticia del día? dijo con la sonrisa en los labios: el Marqués de Motril ha sido hallado junto á San Isidro del campo atravesado el corazón de una estocada; y es lástima, porque no podrá acabar de contarnos la historia de anoche.—Quizá alguno de estos caballeros la sepa. Vamos, señores ¿no hay entre VV. alguno que crea que el Marqués no fué anoche un infame calumniador?» Un silencio glacial, efecto del cobarde estupor que coaguló la sangre en las venas de todos sus oyentes, respondió solo á Sotopardo, quien prosiguió diciendo:

«Ya vé V., Duquesa, cuán aventurado es contar ciertos cuentos: aconsejo á V. que prohiba en su casa tan inocente diversion.»

Nadie osó replicarle, todos los semblantes femeninos tuvieron para él una sonrisa, todos los hombres un cumplimiento.

El día despues don Carlos de Sotopardo, reemplazado en un regimiento de su arma en virtud de orden autógrafa del Rey, salió para Granada, dejando á la buena sociedad de Madrid literalmente aterrada.

Su resolucion nunca desmentida se salvó en aquel amargo y difícil trance: mató al Marqués cuerpo á cuerpo y no facilmente, porque era adversario valeroso y diestro, y no pudo menos de matarle despues del insulto recibido.

En seguida, por medio de un favorito de Palacio con quien le unian antiguas relaciones, obtuvo del Monarca la audiencia que hemos dicho, y en ella con lisura, con franqueza, sin disfrazar sus faltas, sin exagerar sus méritos, refirió á Fernando VII las estrañas vicisitudes de su vida, entregándole su cabeza para que de ella dispusiera. No se trataba de política, y por tanto el Rey, conmovido por tanta desdicha y franqueza tan poco usual, indultó á don Carlos y mandó que en el acto fuese colocado.

Así se hizo, y entonces entró, por decirlo así, en el segundo periodo de su vida, intimamente enlazado con el de don Alfonso Tellez; cuyo relato tenemos tiempo hace interrumpido, y nos proponemos terminar en el menor número de páginas posible.

XVII.

La justicia divina.

Verdaderamente con el anterior artículo don Alfonso Tellez estaba desempeñado del compromiso con sus contertulios contraído al empezar su larga y aun pendiente narración, porque habiéndose solo propuesto demostrar que el vulgar proverbio que sirve de lema á este segundo cuadro de los *Estudios sobre las costumbres españolas*, en muchas ocasiones carece en su aplicación de exactitud, bastábale lo referido de las aventuras de Sotopardo para llenar aquel propósito.

En efecto, no era el caudal del río de la vida de don Carlos la verdadera causa de lo que el agua de su mala reputación sonaba, sino que por el contrario, allí el agua del río de su sonar procedía, pues que, la mala fama de aquel caballero fué el origen de la mayor parte de sus desdichadas aventuras, y el incentivo de los escándalos que las coronaron.

Mas, por una parte, don Alfonso comenzó narrándonos la propia vida, y por otra en el discurso de su narración han aparecido en la escena personajes varios, que tenemos la inmodestia de suponer hayan interesado al lector lo bastante para que no nos sea lícito abandonarlos así de repente á su destino, y sin dar á lo menos sumaria cuenta de su final paradero. Tal será el asunto de los dos artículos, que incluso el presente, van á finalizar el segundo cuadro por nuestro loco pincel trazado.

Milagros y don Fadrique reclaman por su antigüedad la preferencia, y vamos á dársela.

Al salir Sotopardo de Madrid, á consecuencia de la muerte del Marqués de Motril, víctima espiatoria, aunque no la mas culpable en la triste historia de la Condesa de San Justo, comprendió la Gitana que aquel hombre habia para ella definitivamente desaparecido de la escena, y la amargura de tal convencimiento, poniendo en acre fermentación toda la levadura de su perversa índole, detestable carácter y viciosas inclinaciones, hizo de ella á banderas desplegadas uno de los seres mas infames de cuantos infinitamente viles produce la especie humana; la avaricia, la sed inagotable de riquezas, la ausencia total de las nociones elementales de toda moralidad, condujéronla á lanzarse á un tiempo, además de en las intrigas de gobierno y en el tráfico de gracias, empleos y honores que ya cursaba, en la usura, en la corrupción de las mugeres inespertas, en introducir, para decirlo de una vez, en el seno de las familias mas recatadas, el veneno de la seducción, la ponzoña de la lubricidad infame, la usura, la calumnia, el juego y el anónimo. La delación y la tercería, y al mismo tiempo la mas desordenada crápula, señalaron el tránsito de Milagros á la vejez: con tal escándalo, con desenfreno tan cínico, que el Fraile mismo, hasta entonces su protector, hubo de renunciar, por no perderse de reputación, á todo trato con aquella despreciable muger.

Matilde, su propia hija, no por moralidad, que no la conocia, sino por cálculo profundo, cesó de verla igualmente, y en cambio intimó las relaciones con el venerable protector de la familia.

A la verdad, rompiendo con aquel, perdió la gitana la clave de sus altas influencias en la corte, y por lo mismo el mas rico filón de la abundante mina que su caudal principalmente constituía; mas por una parte habia hecho ahorros cuantiosos en los días de su prosperidad; por otra, quedábanle siempre las relaciones subalternas, amen de la necia credulidad de los pretendientes; y en fin, otro pingüe manantial, á saber: el generoso desprendimiento de las damas y galanes de alta esfera, cuyos culpables amores patrocinaba y favorecía. Con tales elementos y su habilidad consumada pudo Milagros, á pesar de su ruptura con el fraile, continuar su antiguo tren de vida durante mas de dos años, contenta y satisfecha en cuanto los malos pueden estarlo; porque no teniendo, decia, á quien guardar consideraciones, entregábase sin freno ni medida á todos los vicios.

No conocemos, y por desdicha hemos visto mucho de malo en el mundo, espectáculo mas hediondo, repugnante y diabólico, que el

desenfreno absoluto de una muger en los últimos años del otoño de su vida; tan repugnante es, que no nos sentimos con fuerzas para describirlo con los pormenores que acaso exige la índole del escrito que trazamos. Por desventura los originales abundan en todas las clases de la sociedad, y pocos serán aquellos de nuestros lectores cuya memoria no les recuerde alguno ó algunos; los que en tal caso no se encuentran: ¡bienaventurados ellos!—deben agradecerlos el silencio que en la materia guardamos.

Baste añadir, resumiendo lo dicho, que Milagros, comerciante con la venalidad de los cortesanos, explotando la miseria de los pródigos, favoreciendo á la esposa infiel, á la soltera liviana, al marido crapuloso y al galán libertino; sirviendo á la policía secreta al mismo tiempo, y atesorando sin escrúpulo el fruto de tanta bajeza, de inmoralidad tan grande, se veía reducida á pagar á los miserables instrumentos de sus torpes placeres y cómplices de sus infames orgías.

Si por una parte buscaba y hallaba en los vicios de los demás el manantial en que saciar su sed de riquezas, por otra los suyos propios eran la insondable sima que sus tesoros devoraba; porque sus manebos, ó mas bien sus rufianes ¿qué podían ser sino individuos de la detestable monstruosa raza; fruto de la hez de nuestra corrompida civilización, que prostituye y mancha la dignidad viril hasta el punto de hacerla esclava de las caducas Mesalinas?

La holgazanería, la falta absoluta de educación moral, las delirantes aspiraciones á todo género de goces, y la incapacidad para las ocupaciones útiles y serias, lanzan á Madrid todos los años, desde los villares á los garitos, desde los garitos á los brazos de mugeres como Milagros, y desde ellos al crimen, para terminar en los presidios, á un número considerable de jóvenes, que sus familias abandonan culpablemente á su fogosidad é inesperienza, y que muchas veces se hallan completamente perdidos antes que la barba anuncie en ellos la virilidad completa.

Valetudinarios en la adolescencia, caducos y aun inespertos, corrompidos antes de madurar, candorosamente perversos, por decirlo así, esos infelices de la virtud desheredados, se ofrecen á nuestros ojos diariamente en los cafés, en las calles y en los paseos, sin que en ellos nos dignemos fijar la vista, sin que haya quien piense que esa llaga reclama pronta y enérgica curación, si no ha de propagar su gangrena al cuerpo social entero. Los hospitales y los presidios se los tragan: otros vuelven á reemplazarlos, y la sociedad indiferente prosigue su camino al compás de la polka... Pero, viven los cielos, que moralizamos sobrado gravemente; volvamos á nuestro cuento, que es lo que al lector interesa y á nuestra obligación cumple por ahora.

Mientras Milagros se entregaba desenfrenadamente en Madrid á la crápula, don Fadrique de Vargas en Francia corria rápida y aprovechadamente la carrera del crimen. El juego y la embriaguez devoraban facilísimamente su pension, y gastada ésta era preciso acudir á los expedientes: obtener dinero prestado es uno que dura poco; ganarlo al juego con trampas suele aprovechar, pero no por mucho tiempo en el mismo punto: hay que acudir á la estafa, pero la estafa es delito previsto en el código-Napoleon, y los franceses han dado en aplicarlo severamente. Para evitar la aplicación del código hay que huir de la policía; para no caer en garras de esta, que asociarse con los que allí padecen persecución por la justicia, y toda asociación exige que los asociados contribuyan á su existencia y bienestar. Ahora bien, como los perseguidos por la justicia, de la especie á que nos referimos, no blasonan precisamente de un respeto escrupuloso y nimio á la propiedad, ni cuentan para existir y pasarlo bien mas que con lo ageno, síguese lógicamente que, como asociación, están en guerra abierta contra todo legítimo dueño de cualquier cosa que dinero valga; y supuesta la guerra, claro es que los golpes dados y recibidos son consecuencia legítima. La fuerza unas veces, la astucia otras, pero la hostilidad siempre; el poseedor defiende su alhaja, el perseguido por la justicia trata de conquistarla. A lo primero se llama derecho, á lo segundo robo: el propietario es una ciudadano mas ó menos honrado; su enemigo un ladrón. Don Fadrique de Vargas, despues de haber sentenciado á no pocos andaluces altá al terminarse el reinado de Carlos III, por ladrones ó estafadores, acabó por ser él en Francia, primero tahur, luego tramposo, despues estafador, por último falsificador y ladrón. La policía y los tribunales franceses dieron en que habian de hacer con don Fadrique lo que don Fadrique habia hecho con los andaluces, salva la diferencia de cortarle el pescuezo con una ingeniosa máquina, en vez de hacerle espirar bajo el peso de un corpulento verdugo, ó de marcarle la espalda con una candente flor de lis, y enviarle luego á los arsenales de Tolon ó de Brest, en vez de sacarle á la vergüenza y destinarle Ceuta ó á Melilla. Sin embargo de esas diferencias apreciables, fruto de la adelantada civilización de nuestros vecinos, tuvo Vargas el mal gusto de no prestarse á que le estamparan en el homoplato el

blason de la rama primogénita de los Borbones, ni mucho menos á que en su cuello se ensayase el invento humanitario del doctor Guillotin; y para conseguirlo, no sin correr graves riesgos y dar muestras de una habilidad consumada y de una robustez en los trabajos agena de su edad avanzada, atravesando el Pirineo, volvió á pisar los límites de la madre patria. Gracias á un pasaporte de su propia fábrica pasó en España como un comisionista francés, y pudo llegar sin tropiezo á la villa y corte de Madrid, centro natural de las gentes de su estofa, *pozo airon* donde todo cabe, confusa Babilonia en donde la vista mas perspicaz distingue difícilmente lo blanco de lo negro.

Es de advertir que con la dilatada ausencia y la vida airada, Milagros había en tanto hecho una adquisición y una pérdida, poco ventajosas ambas para don Fadrique. La adquisición era la de un amor sin límites á su personal independencia, y la pérdida la de la costumbre de tolerar á su antiguo amante. Añádase á esas dotes positiva y negativa la accidental circunstancia de un capricho declarado por cierto galán, héroe de los villares, columna de los garitos y aprendiz de baratero, cuyos años no pasaban de veinte, y cuya desfachatez y depravación afrentaban al mismo Sardanápalo, y se comprenderá que la aparición, tan inesperada como desagradable de don Fadrique en la morada de Milagros, produjo el mismo efecto que la visita del casero en la de un cesante cualquiera. No hallamos comparación que mejor explique nuestro pensamiento, con esta diferencia, sin embargo: que el cesante ante el casero se humilla y anonada, mientras que la Gitana con la presencia de Vargas enfurecióse, recibiendo de la peor manera posible.

En honor de la verdad, el ex-oidor, que no se había lisonjeado con otras esperanzas, opuso, por tanto, á la tempestad una frente serena, á las injurias la paciencia, á las violentas órdenes de desocupar el puesto una fuerza de inercia de todo punto incontrastable. «En Francia no le era posible residir; sus años le imposibilitaban para el trabajo; ¿qué había de hacer sino refugiarse al amparo de la mujer á quien todo lo había sacrificado? Ella, pasado el primer momento de ira, se haría cargo de la razón, y comprendiendo que no iba á sujetarla en lo presente, ni á pedirle cuentas de lo pasado, ni á servirla, á respetarla y á auxiliarla en cuanto pudiese, no le negaría un rincón de su casa en que se albergase, ni los restos de su mesa para que el hambre aplacara.»

Tal dijo en resumen el envilecido caballero á la insolente cortesana, y ésta, reflexionando sobre las posiciones relativas, comprendió que lo mejor era avenirse pacíficamente con aquel hombre, el peor de todos para enemigo, precisamente por lo mismo que nada que perder tenía.—Celebraron, pues, aquellos dos seres despreciables un tratado de esos que deshonran á la humanidad, en virtud del cual aceptó él la complicidad en su propia infamia, por asegurar la subsistencia y algún dinero; y sacrificó ella algo de su avaricia á la seguridad de su desordenada vida.

Don Fadrique pasó por tío de su antigua manceba: fué en calidad de tal presentado á la sociedad de Milagros; y hecho tercero de las disoluciones de esta, llevó la degradación hasta el punto de mediar con frecuencia entre ella y su amante, cuando reñidos los veía.

Al llegar aquí, pesanos casi de haber acometido la empresa de pintar cuadros de costumbres, porque virtualmente nos hemos impuesto la obligación de retratar así las buenas como las malas; y las últimas abundan, y repugnan á las almas bien templadas.

¡Sería justo sin embargo, que, copiantes infieles, trazásemos cuadros de imaginarios paraísos, ó de flores cubriésemos los abismos que circundan la senda de la humana vida?—No ciertamente, y todo lo que hacer podemos en obsequio del pudor público es pasar rápidamente sobre ciertos fragmentos del camino, trazando nuestros bosquejos á grandes rasgos, y omitiendo en lo posible todo asqueroso pormenor.

Por lo demás, si alguien juzga exagerada la pintura de la degradación de don Fadrique, rectifique su error, que sobran en el mundo originales de aquella copia, y originales harto mas repugnantes aun que nuestro mal trazado dibujo.

Volviendo á la historia, durante algunos meses, vivió pasablemente la dignísima pareja que nos ocupa: don Fadrique sangraba á Milagros suavemente al principio; Milagros añejaba el bolsillo también sin resistirse demasiado. Mas con el tiempo él fué aumentando sus exigencias, y ella al mismo compás la resistencia; él contrajo deudas, ella pagó las primeras, no sin previo escándalo y crudo maltrato al deudor; y acabó, en fin, por escandalizar y maltratar sin pagar un maravedí.

Entonces fué la discordia, entonces las recriminaciones, insultos, amenazas y golpes: últimamente la Gitana espulsó de su casa al ex-oidor, quien al marcharse se llevó las alhajas que encontró á mano y del importe de su venta vivió algunas semanas.

Agotado aquel recurso, el juego suplió algun tiempo el exhausto bolsillo: pero tal mina, que no podía durar mucho, se agotó en efecto muy pronto.

Un momento esperó Vargas enterneecer á su ingrata con el espectáculo de la miseria en que yacía, espectáculo verdaderamente hediondo y lastimoso; porque el noble caballero, el grave magistrado, el hombre de una pulcritud nimia en su persona, habíase convertido en un vejezuelo andrajoso que, ralo el cabello, sucio el vestido, descompuesta la fisonomía, cavernosa la mirada, cadavérico el aspecto, y vacilante el paso, mas aun por los efectos de la embriaguez que por los años, vagaba de taberna en gazapon, y de gazapon en lupanar incesantemente, siendo objeto de los groseros sarcasmos, de las cinicas bromas, y de las malignas burlas de tahures y prostitutas. Mas en vano escribió don Fadrique á Milagros repetidas cartas, pidiéndole con sentidas frases, no ya un socorro, sino una limosna: á las primeras no recibió respuesta, las últimas ni recibidas fueron. Todavía no quiso con tal desaire darse por vencido el que no acertamos á llamar desdichado, pues que en él fué la desventura justo castigo de su mal proceder; todavía, decimos, no satisfecho con aquellas repulsas, quiso intentar é intentó, en efecto, el postre desesperado esfuerzo, esperandó á la Gitana en el zaguan de la suntuosa casa que habitaba, y llegándose á ella con el sombrero en la mano, humilde el ademán, bajos los ojos, trémulo el acento, á pedirle, *por el amor de Dios*, un socorro que de perecer de inanición le libertase.

Iba Milagros en aquel momento del brazo de su mancebo, ataviada y compuesta como una novia, estofada, como un santo de retablo, hueca como un prócer improvisado, y en vez de enterneecerse á vista de la profunda miseria, del inconcebible abatimiento de aquel cuya mano la había sacado á ella del fondo de un calabozo de la cárcel de Sevilla para encumbrarla hasta el punto en que se hallaba, considerando como un atroz insulto su presencia, y queriendo de él vengarse, sacó del bolsillo una moneda de cobre, y poniéndosela á Vargas en la mano con desfachatez punca vista, díjole al mismo tiempo:—«Tome, hermano, y no vuelva por aquí, que no me gusta mantener á holgazanes.»

La introducción de un hierro candante en un vaso de agua helada, poniendo el líquido en súbita violenta ebullición, suele á veces hacer estallar el vaso mismo; tal fué el efecto de la horrible insolencia de las crueles palabras de Milagros en el ánimo de don Fadrique. Al verse tan horriblemente tratado por aquella mujer origen de su ruina, Vargas volvió á ser por un momento el hombre mismo que en los primeros pasos de su carrera había dignamente cruzado el acero con el conde de San Justo: la ira purificó instantáneamente su alma de la bajeza que la infamaba; su corazón palpitó, como salta el león herido; sus ojos se inyectaron de sangre; su mano, entonces de ordinario trémula, buscó, halló, empuñó, vibró segura un puñal que siempre le acompañaba; y sin pronunciar ni una sílaba, sin lanzar un grito, sin vacilar ni un segundo, arrojándose sobre la pérfida gitana, arrojóla á sus plantas exánime de un solo certero golpe en el corazón clavado.

Trémulo, aterrado, pensando solo en salvarse á sí mismo el vil ruflán que á Milagros acompañaba, huyó despavorido, clamando «*¡Al asesino! ¡Al asesino!*» y en breve, congregada numerosa muchedumbre y acudiendo la justicia, hallaron á don Fadrique que, en pie é inmóvil al lado del cadáver de su víctima, la contemplaba con una feroz sonrisa en los labios, para dar idea de la cual, confesamos no encontrar recursos en la lengua.

Tiene el crimen, por desgracia de la humanidad, un punto de apogeo, llegado al cual se confunde á los ojos del vulgo con el heroísmo; y precisamente la acción de Vargas era por sus circunstancias de las que á tal punto llegan.

Su aspecto horriblemente tranquilo, su mirada de tigre vencedor, su serenidad infernal, impusieron á todos los circunstantes, y él mismo, sintiéndose de nuevo en cierta elevación de mala especie, infame sin duda, pero elevación al cabo, engrandeciéndose instintivamente.—¡Dichosos aquellos á quienes departe el cielo las dotes de la modesta medianía! Ellos, si nunca se elevan, nunca tampoco se precipitan, mientras que el hombre escepcionalmente organizado, como don Fadrique, si yerra el camino de la gloria se abisma en las profundidades del crimen.

En fin, Vargas, cayó en poder de la justicia como asesino preso *in fraganti* y fué por el momento sepultado en un hondo calabozo, y sometido á la jurisdicción de la sala de Alcaldes de Casa y Corte.

Era la época en que su crimen cometió una de las muchas en que, por desdicha, se ha creído en España que el verdugo es un poderoso agente de moralidad; era un tiempo en que se ahorcaba por robar el valor de una peseta; figúrese el lector qué suerte le esperaba al homicida.

Ni él, en honor de la verdad, hizo esfuerzo alguno para defender

su cabeza : la soledad y el ayuno de la prision hiciéronle volver en sí, considerarse tal cual le habían sus vicios hecho, y comprender que la tumba era ya su único posible refugio. Así, pues, confesó desde luego y de plano su delito, cuidando solo de ocultar su verdadero nombre, porque en aquellos momentos supremos renacieron en su alma, por efecto de un fenómeno que á primera vista parece absurdo y es sin embargo tan natural como frecuente, los instintos aristocráticos.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

SONETO.

El mal sin esperanza.

La tierra rompe con la ruda reja
El labrado que en la cosecha fia;
Su vida al ponto el mercader confia,
Y en bienes rico las borrascas deja.

Al gran guerrero emulacion aqueja
Que en lauro y gloria le reviste un día;

Y Nevtun sabio, con tenaz porfia,
Celeste arcano en la atraccion despeja.

Al trabajo sucede así, el contento,
Alivia el padecer feliz templanza,
Y es corona la ciencia al sufrimiento.

Mas ¡ay de aquel! ageno de esperanza,
Que amando sufre perenal tormento,
Sin retorno á su amor, ni en sí mudanza.

FRANCISCO DE LAIGLESIA Y DARRAC.

ALGUNOS PENSAMIENTOS RELATIVOS A LAS MUJERES.

Todas las mujeres son aficionadas á hablar; ¿en qué consiste que las viejas lo son mas aun? En que no tienen ya otra cosa que hacer.

La mayor parte de las mujeres bonitas pierden tanto en dejarse conocer como ganan en dejarse ver.

La rigidez de una jóven casadera no es mas que un velo muy transparente que no encubre nada.

El arte de agradar es para las mujeres un oficio que saben las bonitas sin haberle aprendido, y que no pueden saber las feas sino después de largos estudios y de un aprendizaje mas largo aun.



(El pobre.)

Oficinas y establecimiento tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.